

CAPITULO III.

De algunas sierras que se conocen y se pasan en lo que se ha descubierto.

62. Sobre la mar del Norte corren una serranías de más de dos mil leguas de largo en lo que está descubierto, porque las que corren al Septentrion desde la Sierra grande del Nuevo-México, no se sabe lo que corre así para el Poniente como para el Norte. Las descubiertas, aunque por la parte del rio de Pánuco á esta provincia de México, corren muy anchas, vienen á quedar tan angostas en la tierra del Nombre de Dios y Panamá, que del mar del Norte al del Sur no hay mas que quince leguas de atravesía. Pasiada esta angostura, hacen estas dos sierras dos piernas: la una prosigue la costa del mar del Norte; la otra va á la vuelta del Perú. En tan altas serranías, que á los Alpes y Pirineos exceden en altura, son las más ricas en oro y plata y más abundantes de cuantas hay en el universo. Estas sierras, tan largas y en distancia tan inmensa, en la cumbre son frías y algunas se cubren

de nieve, y en todas las cumbres hay muchedumbre de arboledas; y como son de diversas especies y maneras, las hacen muy agradables y vistosas y muy frescas las muchas aguas que por ellas corren, de que despues se dirá. En el medio son templadas y se dan pinales muy altos y muy espesos, que dice su muchedumbre ser la region templada: lo bajo de las sierras es ordinariamente caliente, por la razon de ser bajo, como se dice en el capítulo quinto pasado.

63. La diferencia que hay de las sierras que caen á la parte del Norte con las que caen á la parte del Sur, es grande, porque las que caen á la costa del Norte son muy frescas, y fértiles más que las otras que miran al Sur. En las del Norte casi siempre está lloviendo ó con neblina; pero á esta otra parte del Sur, es tierra seca, donde llueve al tiempo de agua: solamente en las tierras que llaman de Zacatlan, veintiseis leguas de México al Norte, y en las de Meztitlan, que administran los padres agustinos, casi siempre llueve y hay neblina, y es de manera continua el agua (que llaman tlapaquihuil) menuda, que el año que falta á los serranos, connaturalizádos á ella, enferman con exceso.

64. De la parte que mira México al Poniente hay unas sierras muy hermosas. La sierra Nevada, once leguas de México, y el volcan (de que trataremos despues) llenas de arboledas, cedros, hayas, pinos, encinos y madroños, tan hermosos y corpu-

lentós que se sacan planchas de una vara de ancho y veinte de largo, y de los que llaman oyametl, que son hayas y pinavetes, se hacen canoas de una pieza, de vara y cuarta en cuadro, de á quince varas de largo, que navegan en la laguna dulce de México, y cargan de harina y maíz trescientas arrobas; y he visto canoas que cargan quinientas arrobas de azúcar. Va dando vuelta aquesta sierra, levantándose á trechos en unos penachos y cumbres, todas con tanta espesura y hermosura de árboles por la parte del Sur, que forman agradable vista.

65. La sierra que llaman de Tlaxcalan, tan célebre y abundante de árboles de innumerables especies que da abasto á todos los valles y llanos de sementeras que hacen el obispado de la Puebla de los Ángeles tan rico, pues los mas años llega la parte que al obispo toca á cerca de ochenta mil pesos. Mirando hácia el Poniente, por el camino que va á la Vera-Cruz y puerto de S. Juan de Culhua, está la sierra del Cofre, que los naturales llaman *Nauppateuthli*, que quiere decir cuatro veces señor, por ser aquel promontorio cuatro veces mayor que el cerro que está en Xochimilco, llamado *teuh-tli* (caballero), aunque menor que aqueste, muy parecido á su forma, en cuya falda están dos fuentes pinahuizalt, que quiere decir agua vergonzosa que corre algo tímida, y temazcalatl, agua de baños. Yace al pié el hospital de los hermanos de Bernardino Álvarez, que iban con mulas al puerto

de la Vera-Cruz á traer de limosna los pasajeros que vienen de Castilla pobres hasta la ciudad de México, obra de mucha piedad. Hay en esta sierra y las convecinas várias plantas medicinales: la purga de Jalapa celebrada, zarzaparrilla y otras de que trataremos despues. Hay piñones, especialmente en el cerro de Coatepec y en el Mal País de Perote, por las faldas de serranías que corren á la sierra Nevada de Maltrata, volcan que llaman de Orizava. Estos pinales no dan todos los años, sino cada cuatro ó cada seis, conforme les acude el fruto; y el año que dan es con abundancia. Hay en ellas, y en las que se les siguen, gran número de venados pardos, que andan en manadas de veinte en veinte, tan feroces, que viendo al cazador hacen remolino, y acosados se vienen á los caballos y á los hombres, y suelen hacer daño porque se embravecen y tienen las aspas grandes y de muchas puntas. Éstos son diferentes de los gamos y berrendos ligeros que se crian en la Otomí y sus sierras, de que dirémos despues.

66. Hay otras sierras que llaman Derrumbadas, cerca de la sierra Nevada de Maltrata, tan altas, que algunos han intentado el subir arriba, porque tienen fama de que hay minerales; y como tanto se derrumba, se han vuelto cansados, sin efectuar su intento. Refieren los naturales de por allí, y un Diego Muñoz, cazador, en su relacion de mano escrita, que de noche despedian estas sierras grandes

llamaradas que hacen un resplandor vistoso; y segun la experiencia de otras partes, son llamas causadas de metales fogosos que encierran en sus entrañas: y así, tienen estos dos cerros altos, al parecer desde léjos, grandes quemazones, que son muestras de minerales muy ricos. El año de cincuenta y seis, siendo yo guardian de la Vera-Cruz, vide un poco de oro en polvo, que decian ser de aquestos cerros, y acordéme de la marmajita de Ixhuacan, de que sacó el platero de dos libras média. Alborotóse alguna gente, pero no descubrió nada. De aquí se pasa á la sierra de Maltrata, y va corriendo á Zoncoliahcan, Tuztlan, Chinanola, Teutila y otras muchas que forman rios y esteros, de que trataremos en su lugar.

67. Corren por la parte del Austro de México sierras de árboles diferentes, y plantas altas y espesas, de que sacan los naturales tablas, alfagias, leña y todo género de maderas, en especial del cedro blanco que llaman Ayacuahuitl; y de encinos muy gruesos cantidad de cáscara que sirve para curtir cordobanes y suelas, en tanta abundancia, que van canoas de porte llenas á la ciudad por la agua dulce. Da la vuelta á la sierra de Tlalnepantla, que está al Poniente de México, de donde se provée con abasto de leña y carbon; y va corriendo en espesura hasta la Otomí á la sierra de la Caza, donde el virey don Antonio de Mendoza hizo aquella célebre montería el año de 1540, en unos campos

entre Jilotepec y San Juan del Rio (llamaron el Cazadero desde entónces), donde mató más de seiscientos venados de los que llaman berrendos, segun el padre Torquemada (*lib. 5, cap. 12*). De aquí corren muchas leguas, formando rios y corriendo fuentes, cercando valles fecundos y fertilizando campos, sin faltar sierras y cerros que se coronan de arboleda.

CAPITULO IV.

De los volcanes de fuego, y sierras de nieve y agua que se han descubierto.

68. La etimología y derivación del nombre volcan, dicen algunos que se tomó del dios Vulcano, que los antiguos fingian en la gentilidad por dios del fuego. Unos son de fuego y otros de agua: á estos llaman tambien volcanes, por tener la misma hechura y forma que tienen los de fuego. Hay de unos y de otros en estas partes de las Indias en sierras eminentes y algunas partes bajas como apartadas de las demás. La sierra Nevada de Toluca, que está casi siempre coronada de nieve, y tiene en la cima dos lagunas; la sierra de Guatemala, que reventó á los principios de la conquista, y la sierra que está al Oriente de México, que los indios llaman *Iztaczihuatl*, que quiere decir mujer blanca, con otras muchas sierras que en tiempo de nieve se coronan de ella, y la que aumenta en el Nuevo-México el rio del Norte, son de agua, por-

que son volcanes que no respiran en humo ni fuego como los demás.

69. Empecemos por el volcan de México, que es muy hermoso y de agradable vista. Por la parte del Mediodía no se junta con ninguna otra tierra alta como él; ántes, por sus faldas, empieza la tierra caliente del valle de las Amilpas, y por la parte del Norte se avecina con la sierra Nevada que dijimos. Llámánle los naturales *Popocatepetl*, que quiere decir cerro que humea. Tiene una grande boca en la cima: echa por ella un penacho de humo grueso y tan espeso, que se ve de muchas leguas subir por la region del aire. A veces arroja ceniza y la esparce á los comarcanos pueblos, y ha llegado hasta la Puebla y Tlaxcala, y hasta Chalco ocho leguas de distancia. No es continuo el humo visible, que cesa por muchos años. El año de 594 cesó por Octubre: el año de 663, á 13 de Octubre, á las 2 de la tarde, con estrépito levantó un plumaje de humo tan denso que oscurecia la region del aire. Luego, el año siguiente, continuado el humo, vispera de San Sebastian (á las once de la noche), por la parte que mira á la Puebla, cayó de la boca un gran pedazo con tanto ruido, que se estremeció toda la ciudad, y las ventanas y puertas se abrieron al golpe, y el techo de la escalera de nuestro convento se vino abajo y las puertas de las celdas se abrieron, y muchas de las casas de la ciudad. Hiciéronse rogativas y procesiones de sangre, pidiendo á Dios

misericordia, porque la ceniza era en cantidad, y con ella piedras que se hallaban menudas, livianas como de piedra-pómez: fué cesando el humo, y ahora es poco lo que despide, que apénas se divisa.

70. El volcan de Orizava, que los naturales llaman *Poyauhtecatl*, se ve de los que vienen de España, treinta leguas á la mar, con estar veinte leguas del mar la tierra adentro; y es la primera tierra que se divisa ántes de las sierras de S. Martin. Es más alta y montuosa la sierra Nevada, que tiene vecina que éste. Está á la parte del Norte, y el otro á la banda del Sur de la sierra. El año 545 empezó á echar fuego y humo en grandes llamaradas, y entónces fué conocido por volcan: fué el año de la peste grande que hubo en los naturales, y de ahí tuvieron ocasion los viejos, que son naturalmente agoreros, para decir que sus antepasados les habian dicho que en humeando las cumbres se habia de acabar el mundo. Duró por más de veinte años el humo, y cesó de tal suerte, que no se ha visto humear, si no es muy poco, que apénas se conoce.

71. En *Cuauhtemalan*, cerca de la ciudad, están dos volcanes, uno cerca de otro; y aunque no tan grandes como los de acá, el uno de ellos echa de sí llamas grandes de fuego claras y frecuentes que causan asombro á los que las miran. En la provincia de Nicaragua está el volcan de Masaya, que, segun el parecer de algunos escritores, excede á

cuantos hay en lo descubierta, en lo espantoso; llamáronle á los principios el Infierno de Nicaragua. Cerca de poblado, y tres leguas de dos grandes lagunas, en una levantada sierra, no en muy dilatada distancia, está un cerro redondo todo en contorno, cavernoso: la subida de la sierra es rasa y no muy trabajosa, porque se puede ir á caballo poco más de média legua de camino que hay desde lo llano á su cumbre, aunque al andar por ella retumba como si estuviera hueca. La cumbre está abierta más de quinientos pasos en contorno: en el plan de esta abertura está formada una plaza, á quien baña el sol, y es poco ménos que la abertura. Hay desde lo alto cerca de doscientos pasos, muy llana como si fuera hecha á mano: no tiene yerba, aunque el sol la baña, porque el calor vecino debe de abrasarla. En lo alto del volcan están unos altares donde solian sacrificar los antiguos; y cuando les faltaba el agua para sus temporales, ofrecian y despeñaban niños y muchachos, que llegaban hechos pedazos abajo.

72. Está casi en medio de esta plaza un pozo redondo que tiene treinta pasos, ó casi un tiro de ballesta de boca, y á lo que parece tendrá de hondo hasta treinta estados. En el plan y hondo de este pozo se ve un fuego como metal derretido, con un hervor que parece que viene del profundo, y á tiempo de un credo se levanta una oleada como una torre, que repentinamente se deshace con tan gran

golpe y ruido como cuando quiebran las olas del mar en la resaca, y parte de aquel fuego lo reparate en chispas dos ó tres estados en alto; al punto con brevedad se apagan. Dentro de este pozo andan algunas aves pequeñas, algo apartadas, que no es de ménos admiracion el verlas: todo esto se ve con claridad desde lo alto de la sierra, y medidas hay desde el plan del pozo hasta cuarenta brazas, y desde el suelo que hace la hoya hasta lo alto, de donde se ven doscientas y veinte: muchos se han ido á verla de noche para admirar la claridad que causa. El señor don Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, tuvo esta curiosidad, y rezó maitines en la falda, sin más luz que la que salía del pozo. Y el padre fray Toribio Motolinia dice que una legua se leen con claridad las cartas, en especial cuando llueve, que entónces más se inflama y suele subir el fuego hasta vertirse del pozo al plan de la hoya ó plaza que dijimos. Nunca cesa, ni le han visto cesar, de este continuo fuego. Está cinco leguas del mar del Sur, y vése treinta leguas á la mar su resplandor. Para ver lo alto de la plaza puso Dios unas peñas, de donde ven para abajo como quien mira á una profunda cueva.

73. En la cordillera del reino de Chile pone el padre Ovalle, natural de aquel reino, que escribió el año de cuarenta y seis, diez y seis volcanes, de que han reventado algunos; aunque el padre Calancha, que escribió el año de treinta y ocho, pone

ocho solamente. Entre los diez y seis, dice que es digno de memoria el que reventó el año de cuarenta en el Estado del cacique Aliante, ardiendo con tanta fuerza, que partiéndose por en medio el monte, arrojaba de dentro peñascos encendidos con tan formidable estruendo, que muchas leguas de allí se oía á manera de repuestas de piezas de artillería, y en todo aquel contorno, de espanto, malparieron muchas mujeres. El primero se llamaba Copiaco, en veintiseis grados, en los confines de Chile con el Perú; el de Coquitivo, en treinta grados; el de Ligua, en treinta y uno y medio; el de Peteora, en treinta y cinco grados; el de Chillan, en treinta y seis, el de Antoco, en treinta y siete y un cuarto; el de Noluco, en treinta y ocho y medio; el de Villa-Rica, en treinta y nueve y tres cuartos. Otro se descubre, cuyo nombre no dice será el que llaman Maule ó Guasco, en cuarenta grados; y otros dos sin nombre, en cuarenta y cuatro: el de San Clemente en cuarenta y cinco. Fuera de estos, hace relacion Diego Ordoñez, de uno que está junto al salto del rio, en el Valle de Coca, que tiene figura de un gran pan de azúcar, y que echa humo y ceniza tanta en el invierno, que en dos leguas no deja yerba porque la abrasa. Otro dice que está en la entrada de los Zuijos, junto al pueblo de Maspa. Hay otros ántes de llegar á Quito y al Perú, fuera de los que han reventado, de que trataremos abajo. Entre Magallanes y el estrecho nuevo de Maire, hasta la isla del

Fuego, llamada así por los volcanes y fuego que se vieron en ella, en la zona frígida del polo Ártico, hay otros volcanes en sesenta hasta ochenta grados. Tres montes, dice Gomara, que están en treinta y siete grados, que lanzan fuego por el pié, estando siempre nevada la cumbre: junto á uno de ellos, llamado Hecla, sale un fuego que no quema la estopa, y arde sobre el agua y la consume (*Solino, cap. 15*), de que ya dijimos en el capítulo tercero pasado, y de él trata Solino en su Polistor.

74. Lo mas admirable destes volcanes, no es considerar la materia, que pueda serlo de fuego tan continuo, porque ésta puede ser de las humedades y aguas que se encienden, y de las exhalaciones que traen juntas con el calor de la piedra-azufre, sino el que por venas de la tierra, así como se comunican las aguas de una fuente en otra, y de la mar á la tierra, como lo enseña la experiencia en várias partes, que de la misma manera se comunica el fuego. San Isidoro y otros graves autores del Monte Etna de Sicilia, llamado Mongibel, por otro nombre Mulciber, que era sobrenombre de Vulcano, que le llamaron así del verbo latino Mulceo, que quiere decir emblandecer, porque el fuego la dureza de los metales con su calor ablanda; de éste, pues, Mongibelo, que descuella por las cimas de otros tres ó cuatro montes que tiene por vecinos, y que por dos bocas con gran estrépito profundo despide fuego muchas veces, y á veces, con

los aguaceros se embravece, abrasando por espacio de diez y quince millas la tierra, sin faltarle en la cumbre la nieve de que se corona, pasa el fuego y lo comunica á las islas vecinas que están á diez y á doce millas distantes á la que se llama Enaria, y las otras siete que llamaron Vulcanías, cuyos nombres pone Solino: y San Isidoro dice que son nueve, y de allí al volcan que está en la provincia de Campania, una legua de Nápoles, llamada Vesubio, ó al contrario, Vesubioales islas, y de ellas al Mongibel; y que esto sea por debajo de la mar no se les hace muy difícil, porque como debajo de la mar está la tierra, y esta agua que la cubre, sea como vestidura del abismo, como dice David hablando del mar y de las aguas, síguese que podrá pasar el fuego por las venas de la tierra, como pasan las aguas de la fuente Arctiza y del rio Alfeo, que pasan por la Grecia, no pasan las aguas por mar por debajo de la tierra y van á salir juntas por una boca cerca de la ciudad de Siracusa, en Sicilia: en Judea, no pasan las aguas por toda la tierra hasta llegar al Jordan: luego lo mismo podrá suceder con el fuego, y sucederá en estas partes de las Indias con los volcanes referidos.

75. El reventar los volcanes puede suceder en todos, lo que ha sucedido á muchos en las Canteras, que están cuatro leguas de México. De Santa Marta han querido algunos que aquella piedra liviana fuese de volcanes que reventaron, dando por

razon, que el Mal País, que cae sobre San Agustín de las Cuevas, tres leguas de México al Sur, fuese de aquellos volcanes que reventaron la causa, pero no tiene congruencia de verdad. Pudo ser, como dicen algunos indios viejos, que se causase el Mal País de piedra quemada de un volcan que dicen era el monte y sierra circunvecina, que llamaron Quauhuexac, porque su etimología es el agua de ceniza que viene de la sierra. En los llanos de Perote están cinco lagunas que llaman Alchichica, y algunos dicen que fueron volcanes que reventaron, de que se formó el Mal País del Soldado, que corre hasta Jalapa, que se hundieron y quedaron aquellas lagunas: de este suceso no hay rastro, ni congruencia, ni razon de los antiguos; ello puede ser que fuese así.

76. Lo cierto de volcanes reventados, de cuya noticia son en la isla de San Miguel, que es una de las Azores, el año de 573, reventó un volcan de fuego, corriendo arroyos de fuego por la tierra como si fueran de agua; arrojó piedra-pómez, y salieron al mar más de cien leguas, y se oscureció el dia con la ceniza. En la isla del Pico corrió fuego un volcan por muchos dias, y el señor Casas dice que lo vió correr por más de treinta arroyos. El volcan de Aguancai, en el Perú, reventó el año de 559, tercer domingo de cuaresma, y llenó una quebrada que tenia média legua de fondo, y la puso tan llana como una plaza: arrojó piedras tan grandes

como cuatro bueyes, gran multitud de piedras quemadas, á manera de metal de hierro, y ceniza en cantidad; corrió legua y média hasta el rio de Perimac: así lo testifica el señor obispo Casas, que dice que lo vió.

77. En Guauhtemala, en 23 de Diciembre de 586 años, de un temblor de tierra, cayó casi toda la ciudad, y murieron muchas personas, y habia seis meses que no cesaba el volcan que dijimos de echar por lo alto, como vómito, un rio de fuego, que cayendo por las faldas, se convertia en ceniza y cantería quemada. Diego Ordoñez de Cevallos hace mencion de un volcan que reventó junto á Quito, en un cerro que llaman Depinta, y que dos leguas y média vido ceniza que arrojó de sí de cuatro palmos en alto en los tejados. Finalmente, el de Arequepa, que dejó sepultadas las viñas, y hasta hoy se ven las ruinas que dejó y los daños que hizo, que muchos lloran por haber perdido sus haciendas; y desde entónces cesaron los temblores grandes, que eran ántes horrendos.